

EL ÚLTIMO FRANCOTIRADOR

KEVIN LACZ

con ETHAN E. ROCKE
y LINDSEY LACZ



EL RELATO EN
PRIMERA PERSONA
DE UN SEAL
TEAM THREE

CRÍTICA

KEVIN LACZ
con Ethan E. Rocke y Lindsey Lacz

EL ÚLTIMO FRANCOTIRADOR

El relato en primera persona
de un SEAL Team Three

Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2017

El último francotirador. El relato en primera persona de un SEAL Team Three
Kevin Lacz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Last Punisher. A Seal Team Three Sniper's True Account of the Battle of Ramadi*

© Kevin Lacz, 2016

© de la traducción, Gonzalo García, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-47-9
Depósito legal: B. 24.809 - 2016
2017. Impreso y encuadernado en España por Black Print

1

Renacuajo

Vale la pena ser un ganador.

(Lema no oficial de los Equipos de SEAL.)

Cuando yo era un niño, a veces me describieron como un chaval «tenaz», que en realidad es solo un eufemismo por «terco». Sea como fuere, siempre he sido de los que recorría mi propio camino, aunque esto supusiera que los que me rodeaban no entendían mis decisiones. A veces me negaba a perder cosas que para los demás valían poco. Otras veces cambiaba de rumbo abruptamente cuando parecía más razonable quedarme donde estaba.

La tenacidad sembró mi infancia —viviendo en la zona central de Connecticut, en el noreste de Estados Unidos— de una extraña dicotomía de logros y procesos incompletos: fui lanzador de un equipo de béisbol de la Little League que casi se alzó con el título de Nueva Inglaterra, y al año siguiente lo dejé para centrarme en el *soccer*, el fútbol a la europea, un deporte en el que yo destacaba mucho menos. Fui escolta durante más de diez años, pero lo dejé antes de ser águila porque la idea del proyecto me aburría demasiado. También dejé el equipo de golf de la secundaria porque me cansé de ese deporte, aunque se me daba muy bien. Me pasé a la natación y, durante mi último año en aquel instituto, competí a nivel estatal.

Disfrutaba de una de las peores cosas que puede tener un adolescente que carece de auténtica motivación: el talento, un don divino. No es que no quisiera ser bueno. Lo hacía, como se esperaba de mí. Iba a clase, estaba entre los mejores, pero nada me suponía un desafío por el que me implicara de verdad. Siempre tuve buenas notas y recibí

elogios sin sentir que me hubieran puesto a prueba de verdad. En el curso preuniversitario —un centro privado y católico, solo para chicos— nada me atrajo lo suficiente como para que invirtiera el ciento por ciento de mi esfuerzo en asegurarme un futuro.

A los dieciocho, la universidad me parecía, sobre todo, una ocasión estupenda para ir por mi cuenta. Pasé como pude dos semestres en la James Madison, de Virginia, en lo que fue un fracaso espectacular, con una nota media de 0,7 o así. En el otoño de 2001 yo era un estudiante con cresta a lo mohicano, con toda clase de moratones y marcas de peleas, a poder ser a puñetazos, y con un escaso interés por todo lo que no fueran las chavalas, el beber o el *rugby*.

Aunque no supe llegar a clase ni entregar los trabajos, el primer intento de ir a la universidad no fue un desastre total. Al poco de empezar el primer semestre me topé con la Rugby House de la calle Harrison, que pronto se convirtió en mi segundo hogar. El equipo de *rugby* me acogió bajo sus alas, colectivamente. Eran jóvenes con apodos como «Blumpkin» (RIP), «Strapper», «Spidey», «Beardo», «Reeper», «Snorty», «Metal Head Nick», «Dirty Dustin», «AY» o «Weird Jason». Los «miércoles cabrones» vaciábamos un barril de cerveza mientras escuchábamos metal, jugábamos a *beer pong* y hacíamos pesas. Las chicas no se atrevían a entrar. Organizábamos fiestas temáticas. Nos pegábamos con los de las fraternidades universitarias. En la cancha machacábamos a buena parte de nuestros contrincantes.

Abracé su estilo de vida... algunos podrían decir que demasiado. Mis padres no quedaron muy impresionados cuando, el fin de semana de puertas abiertas, me presenté con un ojo a la virulé, cosecha de un partido. Tampoco les gustó el peinado. Pero había encontrado mi sitio en el equipo y no me fue nada mal. Si aquellos meses de estudiante universitario me enseñaron algo, es que soy un animal de manada.

El 11 de septiembre de 2001 me desperté en la Rugby House y me conecté al Instant Messenger de AOL. El boletín transmitía las mismas noticias espantosas que estaba recibiendo el resto del mundo. Por la razón que fuera, primero no comprendí la magnitud real de la situación. Me parecía surrealista. Me cepillé los dientes, me vestí, respondí a una llamada de mi madre como si no pasara nada. Pero

cuando ella me fue contando los detalles de los dos aviones estrellados contra el World Trade Center de Nueva York, a tan solo dos horas de donde yo había crecido, capté por fin la gravedad del asunto.

Fui a la casa de al lado y vi, en su televisor, las gigantescas columnas de humo negro, la gente que saltaba huyendo de las llamas abrasadoras, el todo que se desmoronó y aterrizó de panza levantando una nube descomunal de polvo y escombros. Se adueñó de mí el mismo sentimiento de cólera que atenazó la conciencia de Estados Unidos.

Más tarde, aquel mismo día, tuve noticias de Bruce Eagleson, un buen amigo de la familia que me había ayudado a orientarme durante mi etapa de crecimiento en la pequeña ciudad de Middlefield, en Connecticut. Bruce trabajaba para la Westfield Corporation, y aquella mañana llamó a su hijo desde una de las torres: «Tengo empleados ahí arriba —le dijo Bruce—. Tengo que volver y comprobar si están bien». Nunca encontraron su cuerpo.

En el funeral de Bruce, sentí que estaba en una encrucijada. No estaba haciendo lo suficiente con mi vida. Gente malvada había asesinado a mi amigo y ¿qué podía hacer yo al respecto? De repente, jugar a *rugby* y a *beer pong* hasta vomitar había perdido todo su atractivo. Quería matar a los hombres que habían planeado la masacre de casi tres mil estadounidenses. Era el Pearl Harbor de mi generación, y pensé en la relación de mi familia con la Armada durante la segunda guerra mundial. Mi abuelo había sido maquinista naval en el Pacífico Sur, y mi tío abuelo había pilotado un biplano en pos de los japoneses, en esas mismas aguas, en las que fue derribado y pasó cuatro días flotando a la deriva hasta que las fuerzas estadounidenses lo rescataron.

En la base de reclutamiento de la Armada me llamó la atención un viejo póster de los SEAL. Cinco hombres rana salían del agua armados, con la cara pintada, el correaje cargado de pertrechos y unos mostachos de consideración. Parecían listos para alegrarle el día a alguien. En el póster decía tan solo «SEAL». Yo tenía una idea más bien vaga de su fama, pero me interesó: hice algunas búsquedas y no tardé en decidir que yo quería ser uno de ellos. Me había cansado de la vida de mediocridad. Era la primera vez que iba a correr un riesgo de verdad: el momento en que decidí dar un paso adelante y ser un hombre.

Para mis padres fue un jarro de agua fría. Soy el mayor de tres hermanos, los hijos de una familia de clase trabajadora, orgullosa de sus orígenes. Mis bisabuelos maternos y mis abuelos paternos emigraron de Polonia a principios del siglo xx. Mi abuelo paterno fue obrero en una fábrica y campesino. El padre de mi madre trabajó en una fábrica hasta que entró en un negocio de moldes de dados. Mis padres se han pasado toda la vida en la zona central de Connecticut, en una comunidad pequeña y muy unida. Para ellos, unirse a la Armada era poner mi futuro en suspenso.

Tuve una puntuación excelente en el ASVAB —el examen de aptitud vocacional para las fuerzas armadas— y mi reclutador intentó convencerme de que me sumara al programa de operaciones nucleares de la Armada. No era fácil obtener notas como las mías, y me insistió en la formación técnica y teórica, las ventajas económicas y las becas para estudios universitarios. No me interesó lo más mínimo. Quería entrar en combate y liquidar a terroristas.

En marzo de 2002 fui al campo de instrucción básica del Mando de Formación de Reclutas en los Grandes Lagos. Aquel campamento de los «Grandes Fallos» supuso una decepción brutal, porque apenas te exigía nada. En la Armada corría un dicho: nuestros barcos son de madera, y nuestros hombres, de acero. Pero en aquel campo de instrucción parecía más bien que los modernos barcos de la Armada son de acero, y los marinos, de mantequilla. La inmensa mayoría de los marinos que encontré no se preparaban para los cursos de acceso a los SEAL.

Tras los Grandes Fallos, estuve dieciséis semanas en la escuela de sanitarios de la Armada. Me concentré en entrenarme, estudiar y pensar en el reto que me esperaba. Me esforcé mucho, encontré algo de tiempo para liberar algo de presión con los amigos y me licencié entre los mejores de mi clase.

En enero de 2003, un colega me recogió en el aeropuerto y, tras cruzar el puente de San Diego-Coronado, me dejó en la isla de Coronado, donde me presenté para el curso de Demolición Submarina Básica/SEAL (el BUD/S). Mientras atravesaba el puente con mi uniforme azul, sentí que por fin había llegado.

Habrá gente que te diga que los SEAL se hacen. Describirán el BUD/S, contarán que cerca del 80% de los candidatos se rinden o fracasan, e intentarán describir de mil maneras que las fuerzas especiales de la Armada cogen a los hombres más duros y los convierten en SEAL.

Pero es una gilipollez.

Un SEAL no se hace. Nace.

Desde el primer momento en que un candidato pone el pie en la playa de Coronado, o tiene lo que hace falta o no lo tiene. Por mucho que la Armada se empeñe, no hay forma de saber cuál es el factor verdaderamente crucial. La gente que se incorpora a las filas viene de todos los niveles sociales, de todas las regiones del país, con cuerpos y capacidades muy diversos. Aunque algunos son los más rápidos, los más fuertes y los que están en mejor forma, no necesariamente tendrán éxito: la clave del éxito no se puede medir ni en minutos ni en kilos. Los que al final aprueban el curso básico del BUD/S y el avanzado de la Capacitación, y se suman de hecho a los Equipos, poseen una energía intangible y una capacidad de resiliencia que valen mucho más que miles de horas de preparación en cualquier pista o piscina.

Los Equipos no «hacen» a un SEAL, pero sí que afinan las capacidades que cada cual posee de entrada. Le despojan de las capas que tapan el instinto asesino que duerme en algún lugar del interior y le enseñan a ser útil. El Equipo cincela y elimina los excesos.

Lo llamamos «hermandad» porque las experiencias forjan lazos de unión, pero también porque somos una familia de hombres separados de todos los demás. Nuestro espíritu guerrero innato nos une. En el nivel más básico y primario, estamos cortados por el mismo patrón.

Tenía veintiún años cuando comencé el BUD/S, con la clase 245, a principios de 2003. Completé cinco semanas de «formación doctrinal e instrucción previa» antes de empezar con la primera fase —y la más dura— del BUD/S. El primer día echó a andar en «la Picadora», el gran patio de asfalto donde los estudiantes se reúnen por la mañana. Miré alrededor, a los más de doscientos hombres que iniciaban conmigo aquel curso de seis meses. La mayoría, a la sexta semana, se habría ido. En el grupo abundaban los tíos de cuerpos brutales y caras

de un «estoy-donde-tengo-que-estar» expresado con diversos grados de convicción. Con mi 1,91 m y mis cerca de 90 kg, yo encajaba a la perfección en ese molde. Pero sabía que mi expresión de «a mí no me joderás» era auténtica y sabía también que la de la inmensa mayoría de los demás no lo era.

El primero en «hacer un DOR» —abandonar a petición propia— se plantó el primer día, antes incluso de que empezáramos con los ejercicios físicos. Para abandonar hay que tocar tres veces «la Campana», con lo que anuncias a los compañeros que no estás hecho de la materia de los Equipos. Es aún más humillante cuando el tipo tiene que cruzar por delante de una formación de ciento cincuenta iguales que están sudando la gota gorda con el 300.º ejercicio de pataleo, arriba-abajo-arriba-abajo. La Campana va allí donde la clase va, tanto si son los Obstáculos como si es la playa o cualquier otro sitio. Tocarla es una promesa de café calentito, dónuts... y toda una vida de lamentarse.

Enseguida encontré hermanos. Un carnívoro nota la presencia de otro carnívoro. A las tripulaciones de los botes se las elige por la altura, y nosotros éramos los seis más altos de la 245. Así las cosas, probablemente tendríamos que haber sido los más lentos, pero Tim Martin nos apretaba para no perder comba. Tim era un monstruo de la naturaleza, por su capacidad física; un tipo de Wisconsin con una velocidad increíble y una actitud permanentemente positiva. No importa lo jodida que fuera la situación, siempre salía con la misma sonrisa amplia y bonachona y unas palabras de ánimo. Siempre te venía con un «esto ya lo tienes» que me ayudó a sobrellevar más de uno de los momentos más gélidos de la Semana Infernal.

Cuando estábamos fatigados e hipotérmicos recurriamos a Matz. Era un tipo tranquilo de Nuevo Hampshire (de Nueva Inglaterra, como yo), de pelo negro y un sentido del humor aún más negro. En los peores momentos nos distraía con alguna pseudofilosofada. Nos reíamos en circunstancias en las que la gente normal, probablemente, se echaría a llorar. Nos alimentaba. El BUD/S es el principio de un vínculo forjado por la adversidad y reforzado por el sacrificio.

Las ocho primeras semanas del BUD/S son un ejercicio incesante de tonificación física. Es la fase más dura para casi todos. Un no parar de flexiones y pataleos tan infinito como la arena de la playa de

Coronado y tan constante como la humedad y el helor que saltan de las olas, te duchan y se te cuelan hasta los huesos y te empapan el espíritu haciéndote sentir tan tieso como apesadumbrado. Es la falta de sueño, los ejercicios con troncos, los instructores sádicos resueltos a expulsar a todos los que no dan la talla. Son carreras por la playa, la pantorrilla que arde, instructores que te obligan a correr siempre más aprisa para intentar que te rindas. Es nadar dos millas en el océano, con límites de tiempo, corrientes que no perdonan y momentos de «¡Tócate los huevos! ¿Eso era un tiburón?». Son carreras de obstáculos contrarreloj, simuladores de artillería, buscar a los hermanos y que tus hermanos te busquen. Es cargar por encima de la cabeza con una balsa de goma de cincuenta kilogramos, con otros cinco tíos, hasta que los brazos te arden y tiemblas y te desplomas y luego redoblas el esfuerzo y a levantarla otra vez. Es lanzar el bote al océano y disfrutar de un momento de alivio pasajero antes de saltar dentro y remar hasta pasar la rompiente y volver con un tiempo límite imposible de cumplir. Es el instructor que te dice que no has vuelto a tiempo y que esta vez la vuelta a la playa la harás con el bote cargado de arena. Es el recordatorio constante de que «vale la pena ser un ganador». Es el sol que se pone tras un día que ha empezado antes del amanecer, el frío que te penetra, la dolorosa seguridad de que esto no ha hecho más que comenzar.

El BUD/S no era el fútbol juvenil ni el *rugby* del club. Me exigía mucho más de lo que nunca me habían exigido y yo no hacía más que superarme día tras día. Por primera vez en mi vida deseaba algo tan de corazón que estaba dispuesto a dar todo lo que tenía y más aún. Cuando había carreras contrarreloj, yo era un habitual del «pelotón de los torpes», un honor reservado para los que no cumplíamos con el tope de tiempo. Cada vez que me enviaban con los torpes por correr demasiado despacio, aceptaba el castigo y volvía a por más. Sufría por los ejercicios adicionales, la tortura de las olas, el roce perpetuo de la arena mojada en cada centímetro de la piel. Agachaba la cabeza y volvía a intentarlo, espoleado por la constancia de que todo el que hacía sonar la Campana y se rendía era más débil que yo.

A las pocas semanas de empezar la instrucción, Estados Unidos invadió Irak. El hecho de que estuviéramos en guerra en dos frentes

me pesaba mucho en el ánimo. «Hay una guerra en marcha en este mismo instante y yo estoy aquí atrapado enseñándoos a vosotros, hijos de puta —nos chilló el instructor Torsen a nuestra tripulación, durante la Semana Infernal—, ¡y ni siquiera sois capaces de sostener un bote en alto!» Me hizo sacar fuerzas de flaqueza. Cada vez que alguien tocaba la Campana y se rendía, reforzaba mi decisión y mi motivación. Yo no paraba de distanciarme mentalmente de los tipos que abandonaban. Ellos se preocupaban por pasar el BUD/S. Yo me preocupaba por llegar a una sección y entrar en combate.

La Semana Infernal es la cuarta de la primera fase, y está diseñada para que sea un período prolongado de tensión y esfuerzo, en todos los sentidos. Desde que empieza la dispersión, el domingo por la noche, hasta que la clase se siente a salvo, el viernes al atardecer, los estudiantes son sometidos a una tensión emocional, mental y física incesante, y todo ello, con tan solo tres horas de sueño acumuladas a lo largo de la semana.

La dispersión es el caos. Cuando cae la noche, los instructores encienden fuegos en cubos de basura, disparan por encima de la cabeza y empieza una semana de gritos que se prolonga implacablemente mientras los estudiantes se empeñan por completar tareas en plazos diseñados para ser inalcanzables.

Mi Semana Infernal cayó en abril. A los dos días, estábamos helados, empapados y destrozados, y mi equipo había improvisado una tienda levantando el bote en la playa, para bloquear la lluvia y el granizo mientras nos tomábamos las raciones de campaña (MRE). Uno de los instructores, Dale, controlaba cómo yo intentaba tomarme una jambalaya fría de una bolsa verde rectangular que me había costado mucho abrir con las manos azules por la hipotermia. Me estremecía con una violencia incontenible. Tenía todo el cuerpo, cada centímetro de mi piel, irritado por las rozaduras. En aquel momento, la jambalaya fría era un refugio de felicidad, y Dale lo sabía. Con un remo, cogió un montoncito de arena y me lo echó en la jambalaya. Imagínate una implacable patada en la polla: así es como me sentó la palada de arena de Dale. Tragarme la jambalaya arenosa fue brutal, pero también puedo decir que habérmela comido hizo que el primer mordisco de *pizza* del viernes por la mañana me supiera mejor que si no lo hubiera hecho.

Entendí por qué en los Equipos se venera la frase: «Si no te importa, entonces no importa». El BUD/S es, sobre todo, un desafío mental. No va solo de aguantar el frío y el cansancio. Es pasar frío y cansancio y prepararte mentalmente para seguir sufriendo sin un final a la vista, mientras compites con un montón de hombres y otros que ya han pasado esas penalidades se burlan de ti y te increpan. Eso intimida. Mi compañero de habitación tocó a rendición antes de la prueba de los cincuenta metros submarinos porque la cabeza ya no le daba para más. No era la carrera en sí; físicamente, todos la podíamos hacer. Era todo aquel ambiente. O atacas el BUD/S o el BUD/S se te come.

En la segunda fase sufrí una lesión de espalda y, tras un breve período de recuperación, me pasaron a la clase 246. Allí encontré a otro grupo de hermanos: Tanner, B-Dub, Mikey, Maro, Bito, Gilby, Biggs, KPM y Clark (o «Billy»), entre otros. Durante diecisiete semanas, nos afanábamos prueba tras prueba, en la carrera de obstáculos, en la piscina y en la arena de Coronado. El «pelotón sospechoso» (como nos dimos en llamar) éramos un grupo variopinto, por decir poco. Veníamos de todos los rincones de Estados Unidos, íbamos del 1,68 m al 1,91 m, de la cara reluciente de los diecinueve años a la ya madura de los treinta. Éramos la prueba viviente de la verdad más básica de los Equipos: ningún rasgo físico, ningún indicio garantiza el éxito en los BUD/S o llegar a ser un SEAL. De los más de doscientos hombres que empezaron con la clase 246, cuarenta y cuatro completaron las tres fases hasta licenciarse. Sobre el papel, las diferencias eran enormes, pero había un rasgo en común crucial: la resiliencia innata, la tenacidad de espíritu con la que el guerrero nace —y que tiene que cultivar—. Aprendimos a reconocerlo en nosotros mismos y los demás. Aprendimos a llamarnos «hermano» y al estar juntos pudimos salir adelante.

El día de la graduación nos congregamos en la playa a primera hora para la carrera final con el jefe de nuestra unidad. Este oficial era un hombre alto, fuerte y enjuto, de pelo castaño y bigote del mismo color. Era un hombre rana de la vieja escuela, duro como una piedra de molino. Nos podría haber machacado fácilmente, si hubiera querido. Pero nos guió en una carrera tranquila, unos cinco kiló-

metros bajo el sol que amanecía sobre la playa de Coronado, con pausas periódicas para pronunciar un discurso verdaderamente inspirador sobre la historia y el legado de las fuerzas especiales de la Armada. Nos dijo que ahora formábamos parte de una orgullosa tradición de guerreros de élite y una hermandad que se remonta a la segunda guerra mundial, desde los primeros «hombres rana» de la Armada hasta los Equipos de Demolición Submarina y los SEAL. Yo era consciente de lo mucho que aquellos cuarenta y tres hombres y yo nos habíamos ganado.

Luego, con el traje azul, formamos en la Picadora, donde habíamos empezado el primer día, hacía más de seis meses. Mi madre, mi padre y mis dos hermanos menores contemplaron la ceremonia de mi graduación con orgullo, pero atónitos. Lo único que en la vida me había interesado tanto como para dárselo todo eran los Equipos. Creo que no lo habían visto venir. El último día del BUD/S sigue siendo uno de los días más satisfactorios de mi vida.

Terminar con éxito el BUD/S es un logro de primera categoría, pero no supone ser un SEAL: aún falta recorrer mucho camino. Ponerle el visto a la casilla de la graduación es sobre todo una cuestión mental: has dejado atrás lo peor de la tortura física.

Del BUD/S pasé a la Escuela de Salto de Fort Benning, en Georgia, para el curso básico de tropas aerotransportadas, en enero de 2004. No es una instrucción de élite, ni mucho menos, pero la Escuela de Salto tampoco es exactamente un placer. Hay hombres a los que les encanta saltar de un avión. Yo no soy de esos. Aun así completé el curso básico y, en febrero de 2004, pasé a la Instrucción de Capacitación como SEAL (SQT).

La Capacitación es un curso de cuatro meses en el que los SEAL empiezan a aprender el millar de tácticas y conocimientos que los convertirán en agentes especiales de élite. En la Capacitación aprendí a planear misiones, reunir datos de inteligencia, organizar las comunicaciones o el reconocimiento, orientarme por mar y tierra y un millón de cosas más. Hice saltos automáticos de día y de noche, me lancé al océano en pos de una zódiac desde la trasera de un avión

C-130, me deslicé en soga rápida desde helicópteros en suspensión, me quedé colgado —en todos los sentidos— del cordaje de los ejercicios de SPIE («extracción/inserción especial de patrullas»). Aprendí a usar, hasta titularme, los mejores sistemas de armamento del mundo, desde la M4 a la Mk 48 o al fusil sin retroceso Carl Gustav de 84 mm. Practiqué la patrulla, el acecho y la demolición militar y aprendí a improvisar trampas explosivas. Me tuve que acostumbrar al combate con incontables ejercicios de intenso fuego real, diseñados para simular una batalla y la mala visibilidad de la guerra. Al concluir la Capacitación ya era oficialmente un SEAL y por fin me sentí preparado para unirme a una sección.

Desde fuera se suele entender que pasar el BUD/S es el logro principal de la vida de un SEAL, pero no es nuestro deseo principal. Acabar el BUD/S no te proporciona ni siquiera el Tridente. Me alegré de terminar el BUD/S, como todos los demás, porque suponía poner fin a la tortura de las olas, de estar empapado y enarenado, de cargar con troncos. Pero lo que verdaderamente deseaba era completar la Capacitación, ser un SEAL certificado, lucir el Tridente en el pecho.

En aquellos años, completar la Capacitación era un asunto privado, que se hacía en un hangar reservado para los del Equipo. Hubo una ceremonia formal en la que nos repartieron las condecoraciones y certificados, y el jefe de unidad del BUD/S, el suboficial mayor Bro, nos puso la insignia con solemnidad y nos dio la bienvenida a la hermandad por la que habíamos luchado con uñas y dientes para poder ingresar. Igual que había hecho el día que terminamos el BUD/S, el jefe nos dijo unas palabras sabias. Dijo que podíamos llevar el Tridente porque nos lo habíamos ganado. Pero que aún no éramos hombres rana. Aún no éramos del Equipo. Teníamos que ponernos a prueba y hacer de hecho lo que nos habían formado para hacer.

—Hay SEAL y luego hay hombres rana —nos dijo—. Hoy todos vosotros sois SEAL, pero los hombres rana son guerreros. Cuando vayáis hacia el blanco y pongáis en práctica lo que sabéis hacer, entonces os habréis ganado de verdad el «pájaro».

Luego, en la fiesta, mucho más primitiva, nos desnudaron de cintura para arriba y nos clavaron los Tridentes recién adquiridos en la carne desnuda, un poco más arriba del corazón.

Los colegas mayores que nos impusieron la insignia por segunda vez nos querían decir algo a cada uno de nosotros. A mi amigo Mikey lo marcó su hermano mayor. Cuando me tocó a mí, se me acercó Ty Woods. Ty era mi instructor del BUD/S y me había ayudado a solventar algunos problemas derivados de una de las peleas de bar en las que me metí mientras estaba bajo su cuidado. Era más bajo que yo, pero un auténtico hombre rana de pecho de toro. Era la clase de tipo que te infligía un castigo a lo bestia y un momento más tarde te hacía un gesto de aprobación. Estuvimos en contacto mientras duró mi carrera y me dolió horrores saber el destino que había corrido en una azotea de Bengasi, Libia, un 11 de septiembre de 2012, a manos de unos terroristas.

Antes de que me clavara la insignia, Ty me miró a los ojos y yo noté que estaba orgulloso de mí. Eso era lo importante. Quería que mis hermanos sintieran orgullo por mí. No nos quitamos los Tridentes, que sobresalían brutalmente del pecho ensangrentado, durante el resto de la noche.

Tengo una pequeña cicatriz de esa perforación, encima del corazón. Pasan los años, el vello del pecho se vuelve más espeso y la cicatriz se desdibuja.

Pero ahí sigue.

Por fin éramos SEAL, pero la instrucción no se había terminado. La verdad es que un agente nunca deja de formarse. La clase aún tenía que completar un bloque de instrucción conjunta antes de repartirnos en las secciones respectivas y empezar una carrera en los Equipos.

Pasamos tres semanas en Kodiak, Alaska, aprendiendo los pormenores de la guerra de invierno. Todos habíamos oído muchas historias sobre este proceso, por las veinticuatro horas que había que pasar en parejas sobreviviendo a habernos sumergido por entero en el agua glacial de la bahía. Nos ordenaron coger las «bolsas de tornillos», que contenían las cuatro cosas más esenciales, saltar al agua el tiempo suficiente para sumergirnos del todo, y luego pasar veinticuatro horas a la intemperie. Como se suele decir, me lo pasé genial pero no quiero repetir, gracias.

Una de las últimas noches en Kodiak, estaba acampado con mi pelotón, de unos diez hombres, con Matz de guardia. Me sacudió para despertarme y siseó:

—Lacz, ¡oso!

—Vaya chorrada —repliqué, aún medio dormido.

—Ninguna chorrada —susurró—. ¡Un oso!

Abrí los ojos y miré en la dirección que señalaba. Ciertamente, una gran hembra de oso pardo se adentraba en nuestro campamento. Me incorporé, procurando no hacer ruido, y empecé a alertar a los demás. Bitó ya había trepado a un árbol y, desde unos cuatro metros y medio de altura, le arrojaba al oso nuestras raciones liofilizadas Mountain House.

—¡Joder! —murmuré.

Me agarré a una rama y empecé a trepar a otro de los árboles próximos. Pensaba que todos estábamos a salvo en los limbos de la altura cuando vi un destello de luz. KPM, un boxeador aficionado de Filadelfia, estaba a unos tres metros de la osa con una cámara Kodak desechable. La fotografiaba compulsivamente, con una breve pausa tras cada foto, para correr el carrete. El sonido del mecanismo movido por su pulgar se oía incluso desde lo alto de mi árbol. La hembra se puso en pie sobre las patas de atrás y KPM tomó una última fotografía antes de salir huyendo. Se buscó un árbol y todos aguardamos en silencio durante varios minutos, mientras la osa rebuscaba por el campamento, hasta que por fin se alejó.

—Eres un loco de mierda —le dije a KPM.

—P'sí, Kev..., pero las fotos van a ser una pasada.

Como mi especialidad militar, en origen, era la de sanitario, me enviaron a Fort Bragg, en Carolina del Norte, a realizar el 18D, un curso del Ejército de Tierra para formar al personal sanitario de combate para operaciones especiales. Empecé a estudiar con los demás —que pertenecían también a otras ramas de las fuerzas especiales: boinas verdes del ejército, sanitarios de la Armada asignados al reconocimiento, auxiliares médicos de los Rangers— en julio de 2004. Durante seis meses aprendimos a tratar a los heridos en combate táctico.

También aprendimos mucha medicina civil, y yo pasé un mes de rotación en Jacksonville, Florida, en el Shands Jacksonville, un centro de traumatología del nivel más alto. Mientras empezaba a tratar a víctimas de accidentes de coche, heridas por arma de fuego y sobredosis de drogas, empecé a imaginarme en combate, poniendo en práctica lo que había aprendido. Entraba a fondo en las heridas y podía sentir cómo mi determinación se consolidaba, o más bien, se blindaba.

Acabé el 18D en enero de 2005, y entonces sí, por fin había llegado el momento de incorporarse a una sección. Era la hora de elegir un billete, y los SEAL que habían aprobado se peleaban por las mejores propuestas disponibles. Yo tenía la nota más alta y podría haber escogido el primero, pero algunos de los colegas tenían vínculos familiares o alguna otra razón para ir a una u otra costa. A mí me apetecía ir a un Equipo de la Costa Oeste, pero no tanto como para privar a alguien de la proximidad con su familia. Dejé elegir a los tres chicos con una preferencia clara y entonces fue el turno de mi compañero de cuarto, Sean, y el mío. Había un puesto en cada costa y los dos queríamos San Diego, en California.

Nos lo jugamos a cara o cruz.

Gané yo y escogí. Por un golpe de auténtica suerte, me tocó unirme al Equipo Tres de los SEAL.

Índice

| | |
|-----------------------------------------------|-----|
| <i>Introducción</i> | 9 |
| <i>Prefacio</i> | 13 |
| <i>Prólogo</i> | 19 |
| 1. Renacuajo | 29 |
| 2. Novato | 43 |
| 3. El 13 de Charlie | 55 |
| 4. Méteme, instructor | 65 |
| 5. El «Castigador» mata por primera vez | 81 |
| 6. Tiroteo en el Ma'Laab | 97 |
| 7. Una multitud de heridos | 105 |
| 8. ¡En el clavo! | 115 |
| 9. No te pases de gallito | 123 |
| 10. Un muerto muy vivo | 137 |
| 11. La matanza de las palmeras | 149 |
| 12. 23 muyas en 24 horas | 159 |
| 13. Dos por uno | 173 |
| 14. Llega «el Cartero» | 187 |
| 15. Patrulla y contacto | 199 |
| 16. De tripas, corazón | 211 |
| 17. El juego de Iwo Jima | 225 |
| 18. AK-KYK te espero | 233 |
| 19. Un hombre menos | 243 |

| | |
|-------------------------------|-----|
| 20. Todo se frenó..... | 253 |
| 21. Saludo final | 265 |
| 22. Venganza..... | 277 |
| 23. Una última operación..... | 285 |
| 24. Irse..... | 295 |
| <i>Epílogo</i> | 301 |
| <i>Glosario</i> | 307 |
| <i>Agradecimientos</i> | 313 |